

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA TRAYECTORIA DE UN HOMBRE PÚBLICO

SPAAK, EL EUROPEO

CON la muerte de Spaak desaparece el último de los protagonistas activos que hicieron posible, en la década de los cincuenta, la puesta en marcha de la construcción política continental. Dejo aparte en la enumeración a Jean Monnet, felizmente vivo todavía y cerebro proyectista de la gran organización. Pero Monnet no era político, ni quiso serlo nunca, relegando su importante papel al laboratorio de las ideas. Los otros, los albañiles del edificio, se llamaron Schumann, De Gasperi, Adenauer, Spaak y, en cierta manera, Winston Churchill, cuyo famoso discurso sirviera de aldabonazo a la puesta en ejecución del diseño. La aventura unificadora no se entiende, ni se explica sino a partir del contexto histórico en que se inició. Paul Henri Spaak, el político belga que se extinguió días pasados, cuando ya había dejado de pesar en la vida de su país y en la de la Comunidad, es un ejemplo práctico de esa serie de circunstancias que condicionan la trayectoria de un hombre público. «Era un gobernante que supo rectificar y, lo que es más importante, reconocer sus errores», escribió en su elogio póstumo el «Times» de Londres. Pero además en su rica existencia experimentó las contradicciones y dificultades de la vivencia ideológica de su tiempo.

Fue soldado y hecho prisionero por los alemanes en la guerra del 14. Era el «leader» del socialismo belga de los años 30 y propugnó durante el «tenio» que precedió a la segunda guerra mundial una actitud neutralista que evitase mayores males a su pequeño país. Ello le valió tremendas campañas y acusaciones, no sólo en Bélgica sino en Francia e Inglaterra. Pero al producirse la avalancha hitleriana invasora no tardó si no unas horas en comprender que con aquella barbarie racista y totalitaria no era posible compaginar. Spaak se fue a Londres donde compartió con de Gaulle la difícil y cambiante estimación de ser gobierno en el exilio. Su retorno con los vencedores, le hizo árbitro de la situación interior y a su tenacidad no exenta de rencor, se debió sobre todo que el rey Leopoldo hubiera de abdicar en Balduino.

La NATO fue en gran parte idea suya, como alianza de los países occidentales, destruidos, económicamente débiles, militarmente inferiores a la masiva presencia soviética que solamente la sombra atómica de los Estados Unidos —entonces sombrilla exclusiva— podía neutralizar. «Nuestra alianza

está basada en el miedo», exclamó en un célebre discurso dirigido a los soviéticos que entonces iniciaban su guerra fría. Pero a él, tan cauto, no se le podía ocultar que Europa necesitaba de algo más que de una alianza clásica entre gobiernos nacionalistas. Y de ahí nació su europeísmo apremiante, combativo, obstinado.

La Comunidad nació de tres motivaciones profundas: la exigencia del espacio mínimo para la expansión de la tecnología industrial en mercados idóneos. La superación de los nacionalismos que habían dado lugar a dos atroces guerras de exterminio intraeuropeo en el curso de veinte años. Y la necesidad de defender las instituciones democráticas y las libertades políticas y sindicales contra los energúmenos totalitarios del corte de Hitler, Mussolini o Stalin, capaces de encender nuevos delirios que acabaran en genocidios atroces.

A él como soldado del 14; como líder de un socialismo reformista y como jefe de gobierno de un pequeño país situado en el corazón de la Europa industrial, las tres motivaciones le producían resonancias positivas. Se contaba que la idea de la Comunidad de Defensa europea que fracasó en los años 50 por la intransigencia del nacionalismo francés se le reveló como una verdad axiomática cuando observó que los aviones de caza a reacción de los últimos modelos norteamericanos no podían despegar de sus aeródromos respectivos sin salirse, a los pocos segundos de vuelo, de las fronteras nacionales. ¿Cómo hablar de soberanías a la vieja usanza si el instrumento de su defensa no tenía sitio para moverse dentro del ámbito de los límites territoriales o aéreos? ¿Cómo defender los intereses de la industria belga del acero y del hierro sin integrarla en un «pool» europeo con límites y protecciones comunes? ¿Cómo ser socialistas a la manera reformista como él lo sentía —quizás inspirado por la obra de Henri de Man— sin plantear una coexistencia legal con el capitalismo liberal y el populismo católico que mantuviese abierto el turno del poder en una constitucionalidad democrática? Spaak tuvo luchas duras y enconadas con sus adversarios dentro y fuera de su país. La burguesía liberal le tenía, le respetaba y le odiaba. Los obreros le seguían como ídolo aunque luego le repudiasen, en parte, por acomodaticio o por demasiado «atlántico», es decir, proamericano. Fue amigo entrañable de de Gaulle y después adversario suyo encarniza-

do, cuando el presidente francés empezó a sabotear la continuación del empeño comunitario, a partir de 1958, con sólo un año de vigencia efectiva del Tratado de Roma. «Estoy de acuerdo con él, los días impares y en total discrepancia, los días pares», solía decir con sorna a sus amigos. Pero su disparidad no le impedía rendir homenaje al personaje excepcional de la historia. Lo que de verdad le reprochaban en su fuero interno era que no hubiese querido tomar la bandera del europeísmo integrado. «Si cuando dice "Francia" en sus discursos, empleara el vocablo "Europa" llevaría tras de sí una avasalladora corriente de opinión.»

Spaak contribuyó en gran medida a hacer de Bruselas el centro burocrático de la Comunidad. ¿Soñaba con hacer de su país, núcleo dinámico del Occidente continental. Pero estos procesos, aun exitosos, requieren plazo. Desde 1957 acá (cuánto trabajo, cuántos obstáculos, cuántos contratiempos! Hubo que superar el gaullismo; la incomprensión británica; los residuos del nacionalismo; la inadecuación del sector agrícola; los recelos norteamericanos... Pero la idea creadora de la Europa unificada estaba ahí, presente, con su ímpetu propio, al hilo de la corriente del mundo. Y por eso ha subsistido, a pesar de los inconvenientes.

Cuando se contemplan figuras como la del socialista Spaak y se calibra la envergadura de su obra europea no hay lugar para la frivolidad de los que piensan que la Comunidad es un empeño dudoso, o que sólo favorece a determinados consorcios o intereses neocapitalistas. Y también se viene abajo por sus cimientos la tesis no menos utópica de que se trata de una asociación de países en los que sólo el interés cuenta y los principios ideológicos no tienen apenas cabida. El sustrato de la Europa en construcción es definido, terminante, conocido y se dirige a un propósito: institucionalizar en el enorme área de trescientos millones de seres de alta calidad de vida, las formas de Estado democráticas, basadas en el derecho y en la vigencia formal y real de las libertades públicas, empezando por la soberanía social. Esa es la Europa comunitaria a la que hombres como Spaak, dedicaron lo mejor de su lucha, lo más granado de su vida.

José María DE AREILZA

EL CIPRES Y EL LATIN

EL OCASO DE LAS HUMANIDADES

LEO en algún periódico que, en Italia, ha vuelto a ser tema de polémica la enseñanza del latín. Al parecer, un ministro democristiano pretendía reintroducir el estudio de la lengua clásica como disciplina obligatoria en el bachillerato. La idea ha provocado una escaramuza parlamentaria probablemente divertida, cuyo desarrollo me gustaría conocer con detalle. Porque, desde luego, los partidos de izquierda se han opuesto al proyecto. Y sospecho que debe de haber sido una oposición algo más que automática: no sólo para nacerle la pascua al Gobierno, sino por otras, profundas raticencias instintivas. El recorte de prensa que me informa no es demasiado explícito. Según el cronista, el asunto va ligado a un «orden de orden superior, complejo, que involucran anchas parcelas de la vida escolar italiana. Es una lástima que no haya recogido en su papel los argumentos del pro y del contra. Sobre todo, los del contra. ¿Qué habrán declamado esta vez, acerca del latín, los diputados de filiación «progresista»? ¿La «inutilidad» de la asignatura? ¿Su tufillo a sacristía? ¿O quizá...?

En un país donde el clero tiene tanta importancia, como es el caso de Italia, no ha de sorprender a nadie que el latín pague los platos rotos del anticlericalismo. Algo semejante ocurría, en esta otra península, la de ustedes y mía... Las izquierdas discursivas tuvieron, y siguen teniendo, la rara habilidad de meter la pata más a menudo de lo que conveniría. Y así nos luce el pelo. Recuerdo una anécdota local enterrescadora. Cuando don Santiago Rusiñol venía al País Valenciano a pintar paisajes, solía buscar rincones efectistas, y entre ellos, los «calvarios» típicos, viacrucis de montaña, caminos enjalbegados, zig-zags que en cada estación-vértice se adornan con un ciprés. En sus telas, Rusiñol especulaba con el blanco de la cal, el ocre del terreno y el pirulí verde-oscuro del árbol, sin contar con el cielo y sus colorines. Pues bien: hubo un crítico, no sé si de arte, espléndidamente republicano, quien, atacando al pintor, afirmó muy en serio —era una de las razones básicas del ataque— que el ciprés era un vegetal «reaccionario». La observación es genial. Refiriéndose al latín, aquel entusiasta colaborador de «El Pueblo», ¿qué no habría dicho?

Don Vicente, cierto, quedaba al margen del riesgo. Blasco Ibáñez, personaje de cultura sincopada y jovial, tenía otro concepto de los cipreses. Los había visto en jardines italianos, e incluso sabía que dichas coníferas tienen alguna relación con la diosa Venus, a tenor de la Mitología de manual. (No se olvide que Venus y Prometeo son los dos únicos demiurgos de izquierda que nos legó la Antigüedad.) Pese a los «calvarios» autóctonos y a los cementerios próximos, Blasco tal vez habría visto en el ciprés una evocación afable. Y en el latín, el latín, para Blasco, no era sólo el misal ni la «cuarta lección» de un «reglamento que...» Digesto. El pensaba en Plauto, en Petronio, en Marcial, en Erasmo, y los hizo traducir al castellano... No tengo ningún interés en acenar el valor del episodio. Pero creo que vale como síntoma. Una izquierda regularmente alfabeta, ante un ciprés, y ante el latín, sólo ha sido capaz de pensar en la eterna amenaza clerical. No me sorprendería nada que los diputados y los senadores que, en la vecina Italia, han hecho ascos al latín forzoso, no sepan distinguir entre un «tédum» y un «epitafio» de Marcial. Y que conste que, a mí, personalmente, el Te Deum laudamus me parece un texto literario mucho más interesante que las bromitas del fulano de Calatayud. Dicho sea con todos los respetos. No me atreveré a defender la tesis de que Marcial está más a la derecha que un Te Deum, pero casi, casi.

Yo, de muchacho, sufrí seis o siete cursos de latín, para obtener un miserable título de bachiller. Aprobé como Dios manda, y en paz. Pero al final del trayecto, la verdad era que yo nunca supe una palabra de latín. Me temo que mi caso no sea único. Todo lo contrario: tiene que ser la regla general. Cuando tropiezo con problemas de lectura o interpretación en la lengua madre, no encuentro a nadie de mi edad y estatuto que me los resuelva. Ni siquiera los curas. A mi modo de ver, lo que pasaba era que, tras muchos años de «trabajar» el aprendizaje del latín, acabábamos más ignorantes que al empezar. Ya digo: ni los clérigos, cuyos ritos tenían al latín como vehículo justo, llegaban a manejarlo con un mínimo de fluencia, excepciones a un lado. La enseñanza del «rosa rosae» ha sido un

fracaso total, desde hace un par de siglos, cuando menos. Mi compatriota san Vicente Ferrer, en el cuatrocientos, ya se lamentaba de la ignorancia que presidía la lectura del breviario, entre los tonsurados de la época. «Xam-xam, so d'aram...» Un runruneo maquina, de trámite. El latín fue idioma de uso administrativo en Universidades, cabildos y notarías, hasta finales del XVIII. Tuvo sus expertos. Solo sus expertos...

Para la muchedumbre secundaria, el latín, a partir de un cierto momento, ya no fue más que una superstición. Frente a las lenguas vernáculas, la del Lacio conservaba su prestigio togado y mitrado. Las «minorías selectas» tenían acceso a la sintaxis de Cicerón, aunque no siempre. La burguesía, en su expansión, produjo la catástrofe. El burgués, interesado en leer, y en leer cosas solemnes, no podía perder tiempo aprendiendo el latín. En su familia siempre hubo alguien que latinizaba egregiamente: el curado canónico, por ejemplo. Pero el resto de la parentela necesitaba traducciones. La burguesía, además, por necesidad, tuvo que ser nacionalista. Jacobina, para ser exactos. Eso implicaba una maniobra contra el latín internacional, a la corta o a la larga... Los defensores del latín acostumbraban a invocar el modelo de la pedagogía británica: Eton, Oxford, Cambridge, y etcétera, han mantenido el latín de una manera implacable. Dicen que el secreto de los grandes políticos ingleses —Churchill incluido— era que habían leído a Tácito y a Suetonio, y especialmente a Hobbes, en el original. La Cámara de los Comunes guarda ecos solemnes de infinitos latinajos... Sin embargo, el hecho no resulta muy persuasivo. Ni Hitler ni Stalin sabían una palabra de latín. Ni Nixon, ni Mao, ni los demás. (Por parte de Mao es un error: un chino, sin saber latín, ¿entenderá de veras a Marx?)

El latín fue, durante siglos, el argot cosmopolita: un vehículo firme y neutro con el cual podían entenderse los «cleros» de procedencia más dispersa. Sus beneficiarios lo abandonaron. Los pequeños grupos que hasta ahora —y en el futuro, sin duda— constituyen la mafia supranacional de la ciencia, fueron tontos al renunciar a su «esperanto» tradicional. Ahora se debaten entre cuatro o cinco idiomas, cuando podrían haber salido del paso con uno solo.

Y lo mismo los diplomáticos. Un buen diplomático, hoy, tiene de ser tan poliglota como un «maitre d'hôtel»: con sus mismas limitaciones. Cuando las personas importantes dominaban el latín, con el latín tenían suficiente. Se ganaba tiempo y dinero. Los mocosos de Amberes de París, de Brujas, de Valencia, en la primera mitad del XVI, pedían limosna en latín: de cara al turista de entonces, mercader o militar, el latín era un instrumento válido, valioso. Pero eso pasó a la historia. Para bien o para mal. Nunca se sabe. Para mal, seguramente. El latín era una «lengua» —muerta, por supuesto— próxima. La hemos sacrificado: la «han» sacrificado. A mí, que no me pidan cuentas...

Los partidarios actuales del latín se enfrentan con una desolada evidencia. La pregunta radical-socialista —o sea la estupidez pequeño-burguesa fosilizada— es ésta: «¿Para qué sirve el latín?» En 1894, don Miguel de Unamuno, ya no sabía cómo contestar. Profirió cuatro vaguedades, y, en última instancia, se limitó a apuntar a la ventaja que supondría para el conocimiento del castellano, en cuanto a filología y a escritura ornamental. Era una respuesta batiéndose en retirada. El drama es éste: el latín no «sirve» para nada. Sirve para los especialistas en Románicas, y gracias. Ya no sirve ni para decir misa. Ni para leer el Aquinata, a Suárez, a Descartes o a Spinoza, porque estos excelsos estancos de doctrina tienen cada día menos clientela. Pudo haberse convertido en un renovado instrumento «progresista», si le hubiesen devuelto su condición multiseccular de idioma sin fronteras, propio de los doctos e incluso de la inmensa patulea de los medianamente doctos, que ahora reciben el nombre de «cuadros», «tecnócratas» y designaciones similares. En lugar de aprender cuatro o cinco lenguas, como es la obligación de esta gente para ir tirando, habrían salido del paso con una sola... Pero los hombres de ciencia y de metafísica, los sociólogos y los economistas, han preferido trabajar con sus dialectos. Equivocaron la dirección del «progreso»... Y lo malo es que, con los votos de la democracia cristiana y sus aliados —en Italia o donde fuere—, el futuro del latín es todavía más siniestro...

Juan Fuster

CAMPO DE VERANO INTERNACIONAL

Ultimo periodo: 14 de agosto - 2 septiembre

- niños y niñas 4 - 15 años
- Costa Dorada
- natación, barcos de vela, equitación, artesanía



the international school village

Ronda General Mitre, 5. Barcelona-17. Tel. 93/203 50 83

C. Fuster

paseo de gracia, 12-14

LIQUIDACION VERANO - 72

NO CERRAMOS AL MEDIODIA